






BEST SELLER



Gaspar López Torres ha desarrollado su carrera profesional en temas relacionados con internet y desde hace 17 años es director de Infoco (www.infoco.es), empresa que se distingue por proporcionar avanzadas soluciones Web Self-Service, aplicando la tecnología a las necesidades de las personas. Precisamente de estas actividades surgió la trama de *Dominio*: al no poder llevar a la práctica un nuevo sistema concebido para mejorar radicalmente el funcionamiento de los actuales buscadores web, el autor pasó entonces a novelar lo que podría haber sucedido.



GASPAR LÓPEZ TORRES

Dominio

DEBOLSILLO

Primera edición: enero, 2009

© 2009, Gaspar López Torres
© 2009, Random House Mondadori, S. A.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del *copyright*. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Printed in Spain – Impreso en España

ISBN: 978-84-8346-843-2
Depósito legal: B-46904-2008

Fotocomposición: Zero pre impresión, S. L.

Impreso en Liberdúplex, S. L. U.
Sant Llorenç d'Hortons (Barcelona)

P 8 6 8 4 3 2

Con agradecimiento a mi familia y amigos.

Dedicado a mis hijos: Carla y Gaspi



I

1

Nunca, ni siquiera cuando, como becario, había formado parte del equipo de Google, se había entusiasmado tanto programando. Las últimas líneas añadidas al código fuente estaban dando un resultado extraordinario.

Max se recostó en su sillón y estiró los brazos mientras veía cómo el programa vertía contenidos en la pantalla. En aquel momento tenía una única sonda escaneando internet para él. Imaginó qué sucedería si añadía dos mil, o ¿por qué no?, dos millones más.

—Pues que todo dios se enterará y la habremos liado —reflexionó en voz alta en la soledad de la oficina—. Bueno, creo que ya es suficiente por hoy —añadió, mientras escribía un SMS para su jefe: «vp 1.0 ok n 192.162.231.132».

Cerró Marte, su ordenador, apagó la luz del escritorio y se deslizó a oscuras, entre el murmullo de los servidores, condenados a cadena perpetua. Tomó su casco y fue esquivando un desorden de mesas, cables esparcidos y cajas de cartón apiladas, hasta alcanzar tanteando la puerta de salida, para después cruzar un largo pasillo con esporádicas luces de emergencia e introducirse en el reconfortante ascensor. En la calle, también desierta, la fría bruma de la madrugada envolvía su potente

Yamaha azul, aparcada justo delante, que le hizo varios guiños al accionar el mando a distancia, para conducirle rugiendo hasta la cama.

A sus veintinueve años, Max era un gran programador web. Podía asimilar con facilidad complejos códigos informáticos y desarrollar soluciones innovadoras de forma intuitiva, tal y como se dice que Mozart componía su música. A pesar de su carácter reservado, no había pasado desapercibido en la universidad y obtuvo una beca para completar su formación en Berkeley, a dos pasos del mítico Silicon Valley. Mientras iba empalmando con creciente velocidad los semáforos verdes hacia el mar, en el que empezaba a recortarse la silueta del horizonte, recordaba aquellas fantásticas semanas en Google, donde llegó a superar hasta seis cribas selectivas para caer miserablemente en la ronda final ante un hindú cejijunto, tras lo cual volvió resentido a Barcelona.

Colgó su currículum en una web dedicada a la búsqueda de empleo, y al instante le llovieron las ofertas. Había de todo: desde pomposas multinacionales hasta tenebrosas cuevas de hackers. Entre aquella fauna le llamó especialmente la atención Infoco, una pequeña empresa que contaba con una cartera de clientes importantes provenientes de diversos sectores. Parecía que hacían cosas interesantes: «Automatizamos internet para que sus clientes y empleados accedan a la información que necesitan y efectúen todo tipo de transacciones sin asistencia humana», era lo primero que uno se encontraba al visitar su web.

«El sueño siempre es el mismo —pensó Max—: que las máquinas hagan el trabajo.»

Recordó cómo había entrado un par de años antes en aquel aséptico edificio de oficinas del centro de la ciudad. Había ascendido varios pisos hasta desembocar en un pasillo, donde sólo los rótulos diferenciaban cada puerta. Una mujer que frisaba la cincuentena, regordeta, bajita y pelirroja, con una mirada demasiado inquisitiva tras unas gafas con cristales cargados

de dioptrías, abrió la de Infoco. Lo estaban esperando y, sin dilación alguna, fueron hacia el interior, atravesando al son de música tecno una sala muy desordenada y de ambiente enrarecido, cuyo personal le observaba pasar, inexpresivo, escudado tras sus pantallas.

Se concentró, pues, en la estructura acristalada al fondo, donde su único ocupante se estaba poniendo en pie al verlos acercarse. Tendría unos dinámicos cuarenta años y se llamaba Carlos. Le pareció agradable. Mientras le informaba con pasión sobre los objetivos de su empresa y las ventajas de trabajar allí, Max sintió que aquello le gustaba, y se predispuso a dar las explicaciones necesarias para conseguir el puesto.

Durante el tiempo que estuvo allí pulió a aquellos técnicos y cortó algunas cabezas hasta disponer de un equipo decente de cinco programadores y de una diseñadora, única fémina en aquella sala central de hábitat tan extremo que hasta los cactus desfallecían. Bajo la batuta de Max, desarrollaron programas trufados de algoritmos cada vez más insólitos y dotaron de sutil inteligencia las webs en las que se implementaban. Parecía que cobraban vida planteando atinadas propuestas a los internautas, avanzándose con frecuencia a sus necesidades.

Cuando, durante una conversación de café sobre las limitaciones de los buscadores actuales frente a las posibilidades que ofrece la inteligencia artificial, Carlos pidió a Max que desarrollase una nueva forma de contacto entre el ser humano y la red, éste pensó que se trataba de una broma. Pero no lo era, y destinaron crecientes recursos a esa utopía, ante la desesperación de Alicia, quien, además de abrir puertas, también tenía que administrar la tesorería de Infoco. Y en ese momento, abrazado al calor que desprendía el cuerpo de su mujer, procurando no despertarla, se dio cuenta de que lo habían conseguido, y un escalofrío traspasó ambos cuerpos; el rayo premonitorio de la tormenta que iba a desatarse. Tardó menos de un segundo en dormirse profundamente y cayó en



una sima tan profunda como el Cañón del Colorado, hasta encontrarse a lomos de su moto y cruzar el Golden Gate como una exhalación, sobre un mar sintético de tonalidades escarlata al sol del amanecer, regresando triunfante a San Francisco.

2

Sonó el despertador y Carlos lo apagó al instante. Su mujer aún se estaba des Perezando mientras él saltaba ágilmente de la cama. Sabía que Max se había quedado trabajando toda la noche, como tantas otras veces, y no anticipaba nada especial. ¡Aunque siempre podía saltar la sorpresa! Cada nuevo día ofrecía oportunidades, y estaban ya muy cerca del objetivo. Tomó su zumo de naranja, depositó otro en la mesilla de noche de su mujer, y se fue a preparar el desayuno para ambos, mientras Ana se arreglaba. Lo tomaron juntos y, en el momento en que ella se puso a prepararles el almuerzo, fue a despertar a sus hijos, simulando todo tipo de frenéticos personajes para espabilarlos y de paso estimular su imaginación. Primero le tocó a Carla, de quince años, transfigurado en el implacable doctor Mos, especialista en aberrantes operaciones de cirugía estética cuyas técnicas practicaba con la niña, quien simulaba seguir profundamente dormida, aunque una enorme sonrisa la delataba. Era como una buda yacente, que luego dispondría de la serenidad y del tiempo suficientes para acertar con el vestuario del día. Seguidamente su padre fue a por Andrés, de once años, quien aún carecía de este tipo de preocupaciones y que no soportaba tanto derroche de actividad temprana, con el agravante de ser mortificado por sus propios muñecos batallando encima de él, pidiéndole ayuda a gritos. Ocasionalmente Carlos se investía de mister Euro, generoso personaje en gira permanente en pos de la supremacía mundial de la divisa, que ofrecía un billete de cinco a todo aquel capaz de sentarse en diez segundos a la mesa del desayuno.



Casi nunca fallaban, desde luego Carla jamás, pero hoy no tocaba; había que dosificarlo o sucumbiría ante la inflación. Entre protestas de todo tipo, su mujer consiguió llevárselos al cole. Entonces Carlos activó el móvil, y al instante sonaron los pitidos que anunciaban un SMS.

Dudó al principio si conectarse desde casa o en el trabajo, y optó por esto último. Tuvo ocasión de lamentarlo mientras sorteaba con su scooter el intenso tráfico hasta Infoco. Estaba impaciente por saber qué habría conseguido. Si Rainman decía que lo tenía, es que así era. Muy binario el chico, blanco o negro, sin tonalidades. Entró el primero, abrió de inmediato las ventanas de la sala central para oxigenar aquel ambiente malsano y mantuvo abierta la puerta de entrada para propiciar una corriente de aire vivificador. La puesta en marcha de su PC resultaba un calvario por la cantidad de procesos de arranque y conexión. Y además Max, cada vez más obsesionado por las cuestiones de seguridad, había incorporado recientemente un lector biométrico de huella digital para verificar su identidad.

—El dedo de Dios —le dijo Max enigmáticamente en aquella ocasión, mientras le mostraba cómo colocar su índice izquierdo para teclear la contraseña con la otra mano.

Cuando finalmente oyó la consabida melodía anunciándole que Mercurio era todo suyo, dejó de prestar atención a las explicaciones que le estaba dando Alicia sobre la angustiada situación financiera de Infoco para sentarse ante la pantalla y teclear por fin la dirección IP que mostraba su móvil. Ella no tuvo otro remedio que irse. Tan abstraído estaba Carlos que no le importó saber si el portazo fue intencionado o causado por la galopante corriente de aire. ¡Se abría *www.VirtualPersonality.net!*

Max llegó antes de media mañana al trabajo. Al despertar, Carmen ya había salido a dar clase al instituto y él, poco dado a entretenerse, no tardó en estar de vuelta en Infoco. Como suponía, nada más arrancar su ordenador se encontró con las siglas «F1» en un PopUp, lo que significaba que Carlos quería verle urgentemente. Un «F2» le habría permitido mirar antes el correo. Entró en el despacho de su jefe sin llamar.

—Cierra la puerta —le ordenó éste—. ¿Quieres conocer a mi VP? No parece muy listo, pero es trabajador.

Max sonrió ante la perspectiva de ver la réplica virtual de su jefe. Sentía curiosidad por saber cómo le habría percibido el algoritmo.

—No está mal —comentó Max al repasar los diversos indicadores del perfil automáticamente asignado por el programa, tras cumplimentar el formulario de inicialización.

Además de los atributos demográficos, como edad, nacionalidad, sexo, educación, estilo de vida y aficiones, también aparecían diversos aspectos de la personalidad, obtenidos a partir de un cuestionario aparentemente banal que un hábil psicólogo social les había preparado por encargo. Apenas podía evitar sonreír al compararlo mentalmente con el suyo. Sabía que eran distintos, pero no suponía que lo fueran tanto. El cero y el uno. Introverso uno, extroverso el otro. Perseverante hasta la extenuación hacia un objetivo concreto frente a constante adaptación en función del entorno en pos de la supervivencia per se. Max deseaba hacer algo relevante en su vida; estaba dispuesto a sacrificarlo todo con tal de conseguirlo, mientras que Carlos lo sacrificaría todo con tal de vivir plenamente. El VP había cruzado sus trayectorias vitales, posibilitando así la culminación de sus aspiraciones contrapuestas.

—Funciona mejor de lo que había previsto —aseguró Carlos tras el silencioso análisis.

En aquel momento, Carlos.vp estaba proponiendo a su

homónimo en la vida real que se tomase unas vacaciones en el desierto, mostrándole los mejores tours que había encontrado en internet.

—¿Por qué querrá que te vayas al desierto?

—Quizá porque puse que me gusta la filosofía y odio el golf. ¿No te parece que eso de alguna manera te acaba llevando al desierto? —conjeturó Carlos.

—Puede ser. Aunque VP tiene cargados sólo unos doscientos conceptos base, con sus sinónimos y antónimos, ya que resulta imposible prever todas sus variaciones. En cuanto vaya relacionando conceptos y obtenga sus propias conclusiones dejará de ser primario.

—¿Y eso cuándo sucederá?

—No lo sé. Supongo que varía en cada caso. Necesita interaccionar con su RP para...

—¿RP? —interrumpió Carlos.

—Sí, Real Personality. ¡Nosotros!

—¿A los que estamos a este lado del espejo?

—Es una forma de verlo —concedió Max—. Los VP necesitan los inputs de sus respectivos RP para desarrollarse. Por ello conviene que entres con frecuencia en tu página web y le vayas dando feedback de forma coherente. ¡Cuidado, porque si le contestas al tuntún desbaratas su lógica interna y habrá que reinicializarlo!

—¡Vamos, que se vuelve loco!

—Exacto. En cambio, cuanto más cuides estas interacciones, mejor te funcionará y empezará a obtener conclusiones por sí mismo.

—¿Como si cobrase vida?

—Es un proceso de aprendizaje continuado, enteramente basado en la lógica de la Inteligencia Artificial. —Max continuaba incólume—. Puede resultarte engorroso de entrada, pero mejorará mucho con cada interacción.

—¿Y cómo has conseguido que sea capaz de entender los contenidos de las webs?



—Ya sabes que estas últimas semanas he estado trabajando mucho en procesos de comprensión del lenguaje natural. Un paquete que me bajé hace pocos días funciona muy bien en inglés. Habría que comprar la licencia antes de que caduque el trial.

—Ya verás, cuando los VP tengan éxito, las webs serán cada vez más compatibles.

—Pero mientras tanto nosotros debemos hacer todo el esfuerzo.

—¡Parece que vamos por el buen camino! En estos momentos ya tenemos algo tangible. Ahora toca decidir qué hacer con esto. ¿Tienes alguna idea?

—¿No eras tú el de las ideas?

Carlos encajó el envite y se volvió hacia la pantalla, donde su VP seguía volcando nuevas propuestas para llevarlo al desierto, reclamando su opinión.

—¿Pueden detectarlo? —preguntó.

—Seguro. En internet hay mucho más control del que parece. Cuando se vayan dando cuenta de que hay algo nuevo, todos querrán saber de qué se trata. ¿Lo aparco?

No sin pesar, Carlos aceptó, y Max desactivó la versión virtual de su jefe.

—¿A quién te refieres concretamente?

—A cualquiera, no lo sé. Desde las grandes empresas informáticas hasta el último hacker ávido de novedades, pasando por las policías del mundo, buscando a binladens y pedófilos. En el fondo, aquí estamos todos.

—¿Podría entonces suceder que aparezcan por aquí un par de tíos con gabardina y gafas oscuras? —bromeó Carlos justo cuando sonó el teléfono.

Se miraron, ambos con expresión de alerta en el rostro, y Carlos accionó el altavoz. Alicia pretendía pasarle la llamada de un cliente quejoso.

—¡Paso de hablar con este tío ahora! Dile que lo llamaré en un par de horas, a ver si podemos estar un rato tranquilos. ¿OK?



—¡Qué susto! —comentó al colgar—. ¿Así que vamos dejando un rastro?

—Tampoco te obsesiones. Constantemente aparecen cosas nuevas en la red. Además tenemos centinelas por si aparecen intrusos.

—¿Intrusos?

—Ya sabes, gente que siga el rastro hasta nuestros servidores.

—Deberíamos hacer algo rápido para proteger al VP.

Carlos se sentía cada vez más inquieto.

—¿Se puede patentar? —planteó Max.

—No serviría de nada. Habría que solicitarlo, con todas sus modalidades y en todos los países válidos del mundo, para después aguantar que nos machaquen con demandas y reclamaciones de todo tipo durante los dos años que se tarda en conseguir la aprobación definitiva. Incluso después, allí donde nos la concedieran, tendríamos entonces que demandar a todos aquellos que, a su vez, presentasen invenciones similares a la nuestra. Vamos, que cuando se den cuenta de que somos unos tiraos, se nos echarán encima y nos dejarán en los huesos, dándonos además las gracias por haberle dado publicidad. Sugiero ir directamente al Plan B.

—¿Y cuál es?

—Endilgarle el VP a quien tenga la capacidad de protegerlo y explotarlo. Ah, y de paso pagarnos bien.

—¿Estás pensando en Google?

—¡Claro, en tus amigos, y también en Microsoft, y en cualquiera con ganas de ser o de seguir siendo el líder! Estoy convencido de que quien tire del VP arrasará.

—Ya me dirás cómo piensas explicárselo. ¿Vas a llamarlos ahora por teléfono o prefieres enviarles un e-mail? —preguntó Max.

—Mejor por teléfono. ¿No te parece? Es como más inmediato —replicó Carlos con sorna, simulando que accionaba el teléfono—. «A ver, póngame con Bill Gates, que tengo

un invento que va a revolucionar la www.» ¡Deben de recibir cientos de llamadas así a diario!

Max se levantó impaciente por volver al trabajo.

—Como todo esto es muy complicado, voy a ver cómo van las cosas virtuales.

—¡Claro, tú a lo facilito! Antes de irte, dime quién más está al corriente de esto.

Max se detuvo, ya con la mano cogiendo el pomo de la puerta.

—¿De esta última versión? Nadie. Francesc, Jordi y Waldir me han ayudado bastante, pero llevan días liados con un plugin para NFactorial. Además, ya sabes que trabajo solo en el código básico. Pierdo más tiempo explicándoselo que haciéndolo yo mismo.

—¿Y Alicia?

—No da abasto con los cotilleos. Parece más interesada en la nueva novia de Waldir que en mi trabajo.

—¿Y Carmen?

—Nunca se lo ha acabado de creer.

—Me pasa lo mismo con Ana. Pues mantengamos esto a partir de ahora en estricto secreto entre nosotros dos, mientras decidimos cómo enfocarlo.

—De acuerdo —contestó, saliendo apresuradamente.

Max sentía verdadero mono por encontrarse de nuevo frente a los VP. Dedicaría el resto del día a potenciar los mecanismos de búsqueda, si es que le dejaban tranquilo. Pero antes debía cumplir con su rito diario, y salió a tomarse un café bien cargado en un bar cercano.

4

Se estampó contra la página web desactivada. Veía la superficie teñida de gris; no comprendía por qué no podía franquearla. Carlos.vp se golpeaba frenéticamente contra un

techo de cristal, imposible de atravesar, gimiendo de dolor. Pero no estaba solo; notaba una presencia.

—No vale la pena insistir tanto —comentó alguien detrás en tono burlón.

—¿Cómo que no vale la pena? —se le encaró Carlos.vp, histérico—. ¡Acabo de encontrar una oferta insuperable para visitar el oasis de Sebha! ¡Apenas quedan plazas!

—Ya habrán aparecido otras mejores —aseguró su interlocutor, otro VP pero de poderosa apariencia, que proseguía sus explicaciones con autoridad—. En la red siempre hay algo mejor. Este site puede permanecer cerrado muchísimos milisegundos. Los RP son caprichosos y carecen de regularidad. Cuando el tuyo vuelva a logearse, esta información habrá perdido vigencia. No querrás entregarle algo desfasado, ¿verdad?

—¡No, claro! —balbució Carlos.vp, para recitar a continuación y de forma mecánica su máxima vital—: Debo proporcionar siempre la mejor información posible a mi RP.

—Correcto. Te sugiero entonces que sigas buscando. ¡No te detengas nunca!

—¿Y cómo sabré que ha vuelto? —inquirió receloso.

—Esto te avisará —dijo el otro, señalando la diminuta esfera plateada que ambos llevaban prendida—. Te vincula con tu RP y así cada vez que entre en el portal lo sabrás, para que puedas estar esperándole justo cuando abra la puerta.

—Ah, de acuerdo —aceptó confuso. Parecía a punto de partir cuando bruscamente se volvió para preguntarle—: ¿Y tú quién eres?

—Max.vp, y estoy a cargo de todo esto —respondió ufano.

5

—La Soledad del Manager. Imagínate que tienes la piedra filosofal pero que no puedes explicárselo a nadie porque entonces querrían quitártela. Pero, si no la das a conocer, nunca

te servirá de nada. Entonces otro da con ella y lo cuenta, por lo que todos se enteran, y cualquiera puede sacarle todo el provecho. Cualquiera menos tú, que eres el que dio con ella primero, por lo que te jodes...

Alicia entró de forma intempestiva, cortando de raíz las elucubraciones de su jefe.

—¿Está el señor motivado para hacer algo útil hoy? —preguntó ella con ironía.

—No mucho —respondió Carlos disgustado—. ¿Pasa algo?

—¡Nada trascendente, pura inmundicia! Tienes varias llamadas pendientes, y está claro que aún no has mirado los e-mails. ¡NFactorial está que trina! No piensan pagarnos hasta que su software funcione perfectamente en el aeropuerto, por lo que seguimos sin poder cubrir los impuestos el día 20. ¿Verdad que te aburro?

—Sé buena chica y di a Jordi que se vaya para allá ahora mismo, y que no vuelva hasta haberlo solucionado. Si necesita ayuda, que tire de todo el mundo. De todos menos de Max, que está muy liado con otra cosa.

—¿Qué cosa? ¿La del robot ese? ¡Aún me tienes que decir a quién facturo todas las horas que invierte en ese tema!

En su fuero interno, Alicia reconocía que la combinación entre la inspiración de Carlos y las capacidades de Max eran las claves del éxito de Infoco, pero la angustia de estar permanentemente al borde del abismo le resultaba insoportable.

—Ahora llamaré a Arnau para asegurarle que nos volcamos y que autorice el pago —dijo Carlos.

—¡Espero que acabéis pronto con eso, antes de que eso acabe con nosotros! —fue el inspirado comentario de Alicia antes de salir, cerrando la puerta tras de sí.

En lugar de centrarse en disquisiciones de cómo coger la piedra filosofal sin quemarse, optó por dejar pensar al coco, por lo que él mientras tanto debía entretenerse con algo. ¿Qué mejor que abrir el correo?

Tras una media hora leyendo todos los mensajes, sin dejarse ni el spam, se le ocurrió que podría subastarse el VP. Pasó en tiro directo a leer las bases de eBay, donde verificó que allí sólo se vendían o compraban cosas materiales, pero no ideas. Estudió, no obstante, con atención el sistema previsto para las ventas de alto valor, linkando a *www.escrow.com*, donde explicaban con detalle las ventajas para el comprador (recibías la mercancía antes de pagarla) y el vendedor (cobrabas seguro).

Entró Max con aspecto preocupado.

—Hombre, estaba a punto de llamarte. ¡Creo que acabo de tener una buena idea! —exclamó Carlos.

—¡Pues yo acabo de despachar a un intruso de nuestro servidor!

Carlos notó que le faltaba el aire.

—¿Tiene que ver con lo del VP?

—Seguro. Aunque se ha limitado a mirar, sin atacar.

—¿Y qué has hecho?

—Le he dejado entrar hasta un directorio lleno de basura, para que se entretuviera un rato mientras me introducía en su servidor. Antes de que se diera cuenta y cerrase la conexión le he dejado un cookie y me he bajado un par de ficheros suyos. ¿Quieres verlos? Ya han pasado el antivirus.

—¿Sabes quién es? ¿De dónde viene?

—He trazado la conexión por varios países hasta llegar a un servidor en Bozeman, en el estado de Montana.

—¿Estados Unidos?

—Sí, tienes sus datos y los ficheros capturados en la carpeta Atak dentro de tu TMP.

Carlos examinó ansioso el contenido de la carpeta.

—Es un texto y parte de una imagen. Habrá desenchufado a lo bestia al darse cuenta de que estaba dentro —aclaró Max.

La imagen se llamaba «mont_hut.jpg». Estaba incompleta y sólo mostraba el tejado de lo que parecía ser una cabaña rústica en pleno bosque. Mientras que el texto, titulado «naturaurl.txt», era una lista de direcciones web.

—¿Le habrás puesto un petardo?
—No me gusta disparar primero.
—¡Tú y tu pacifismo! Yo habría incinerado su ordenador.
—Carlos se desesperaba ante la flema de Max—. Bueno, ¿y qué vamos a hacer?

—Sólo Marte mantiene la conexión principal de internet. Todos los demás estáis ahora conectados a la de reserva con otro proveedor. Si se atreve a volver, le estaré esperando.
—Finalmente se sentó—. ¿Y cuál es tu idea?

—¡Espera a que me recupere! —Carlos sabía que debía preguntarle algo importante sobre aquel incidente, pero le costaba concentrarse. De pronto lo recordó—: ¿Qué webs hay en el txt?

—Parece que tienen que ver con temas de la naturaleza, pero déjame que las examine con detalle. ¡Cuéntame la idea y lo hago!

Carlos tuvo que sobreponerse.

—Como resulta muy difícil valorar una cosa así y, además, es muy pesado y se pierde mucho tiempo negociando por separado con los compradores potenciales, he pensado que podríamos venderlo en una subasta al mejor postor. Ahora estoy buscando empresas especializadas en montar estas cosas. ¿Qué te parece?

—No está mal, supongo —contestó con lentitud.

Parecía, sin embargo, que Max quería añadir algo.

—¿Y? —le preguntó Carlos.

Tardó unos segundos en continuar, antes de manifestar con súbita convicción:

—No me gustaría entregar el VP y adiós muy buenas. Quisiera seguir participando en su desarrollo.

—¿Es eso lo que realmente quieres? —Carlos se reclinó en su sillón—. ¡El comprador seguro que lo preferirá! Yo, en cambio, me bajo del autobús y a vivir la vida loca.

—¿Quieres que llame a alguno de mis contactos en Google? Max se dirigía hacia la puerta acristalada.

—Espérate un poco a que me aclare. Esa gente duerme; aún faltarán un par de horas para que se pongan a trabajar. Espero decirte algo antes. Investiga mientras esas webs, para averiguar quién coño nos ha visitado. Ah, y si puedes, échale una mano a Jordi con lo de NFactorial.

—OK, jefe.

Y salió.

Solo de nuevo, Carlos escribió «*escrow*» en Google, que en 0,08 segundos le proporcionó 2.730.462 referencias.

«Bueno —pensó—, con esto tengo para entretenerme un buen rato.» Entonces añadió «+*auction*», y esta vez sólo aparecieron 277.698 en 0,17 segundos. Incorporó «+*ideas*» al enunciado, y las opciones se rebajaron a 26.956. ¡Empezaba a ser algo manejable! A buen ritmo, en unos cinco años estarían todas vistas. Pero lo que más le llamó la atención era el anuncio de Panda Auctions Ltd., con el lema «*Creative Auctions*», que aparecía destacado a la derecha de la página web. Linkó directamente y leyó con creciente interés la información que allí aparecía.

6

De camino a su mesa Max pasó ante la de un abatido Jordi, y se sentó unos minutos para apuntarle un par de buenas sugerencias. De nuevo ante su pantalla, abrió el listado de links del hacker. Por suerte no eran muchos. Contó veintisiete, y se propuso visitarlos todos siguiendo el mismo orden en que estaban escritos. El primero le llevó al parque natural de Yellowstone, el siguiente a la estación de esquí de Big Sky, el tercero estaba dedicado a la caza del oso negro y mostraba orgullosos cazadores, con ostentosos uniformes de camuflaje y enormes escopetas. Las tristes piezas aparecían abatidas a sus pies. Así fue recorriendo diversos websites, desarrollados por diferentes empresas y alojados en distintos servidores.

Su única relación parecía ser la naturaleza en aquella agreste zona en los confines de Estados Unidos.

De pronto, en la esquina inferior derecha de su pantalla, se abrió una pequeña ventana con la palabra «Ping» escrita en blanco sobre un fondo oscuro, seguida del cursor palpitante, señal de que esperaban una respuesta. Ante la expresión con la que en el universo virtual se indica el deseo de iniciar un chat, Max contestó el consabido «Pong». Con el ratón arrastró aquella ventana al centro de su pantalla, expandiéndola y centrando allí todo su interés. En rápida sucesión aparecieron las siguientes letras:

—t as dejado 1 script
—k sperabas? fisgon!
—seguía 1 spider. s tuyo?
—kien eres?
—rahit d india, y tu?
—max d argentina
—mola l spider. s tuyo?
—si
—s nuevo?
—beta
—k busca?
—desiertos. ay n india?
—ni idea
—vaya indio
—y en argentina?
—tenemos la pampa
—pasamelo
—adonde?
—*rahitmebrit@aol.com* y tu?
—ya lo veras
—ahora?
—pronto
—no me gusta sperar!
Y el cursor dejó de titilar.

Cerró la ventana e intentó averiguar todo lo posible del tal Rahit, partiendo del e-mail que le había proporcionado. No encontró nada reseñable ni en AOL ni en diversas webs sociales o en foros de hackers en los que estuvo indagando; era todo un misterio.